

LITERATURA GUAJIRA*

Víctor Alfredo Bravo Mendoza**

1. Presentación

Para precisar la existencia y conformación de una Literatura Guajira lo primero que habría que definir es una serie de interrogantes. Y entre ellos aparecería, por supuesto, el de qué entendemos por región. Luego se alude al término, lo primero que aparece ligado a región es lo folclórico y lo turístico. Además de lo peyorativo de provinciano y pueblerino e incluso, de lo periférico o suburbano. Pero, como aquí de lo que se trata, de momento, es de definir la Literatura Regional, abordemos la definición por la periferia, ya que toda literatura regional contribuye al enriquecimiento de las historias nacionales haciendo visibles las correspondencias entre el centro y, precisamente, sus periferias. Lo común de toda literatura regional es la florescencia en una literatura nacional. O acaso, ¿no son las literaturas regionales las que conforman el núcleo de toda literatura nacional? Sus características son las que conforman inicio y evolución de cualquier literatura de nación. No obstante, lo que habría de seguir interrogándose es si las clasificaciones regionalistas favorecen

* Esta nota es resultado de las investigaciones del autor sobre la literatura guajira.

** Escritor y poeta. Ganador y finalista en varios concursos regionales y nacionales de literatura. Contacto: vibramz@hotmail.com.

el ejercicio y la difusión de lo literario. Cómo también, al igual que nos compete a nosotros en La Guajira, conocer si la Literatura Indígena es literatura regional. Porque la Literatura Indígena lo que muestra es lo mismo que muestra la literatura regional: esto es, mitos, costumbres, leyendas... nacidos de una misma geografía, de un mismo color local.

Ahora bien, para definir la Literatura Guajira se hace necesario desentrañar los elementos que dieron origen a dicha literatura. Sin embargo, volvamos a otro interrogante: ¿Existe, en realidad, una Literatura Guajira? La respuesta es categórica: Si. Nuestra región, englobada en lo que se conoce como Departamento de La Guajira, está dividida en su territorio físico en tres partes:

Alta, Media y Baja Guajira. En ellas se vivifica el incomparable connubio de montañas (con nieve perpetua), de mar y de desierto. Igual se magnifica la convivencia de un variopinto crisol de razas que se comunican en lenguas tan disímiles como el wayuunaiki y el árabe, por ejemplo. Todo ello, con sus costumbres, mitos y leyendas particulares, nos han dado una literatura propia y única. No obstante, en nuestra amarga geografía señalada con suerte de sal, la pena siempre en vigilia era una perennidad de sollozos donde el hombre, con todos los elementos circundantes, sólo vivía para empañar la natural claridad de su universo. Y todo ocurría así porque la palabra escrita –elemento esencial en la memoria de los pueblos–, era una permanente estación en ruinas. Lograr una alteridad en nuestro horizonte para hacer sentir el gozo de la imaginación en lenguaje de sensibilidad era casi que imposible: “Las únicas referencias literarias que se tenían de La Guajira, por la que muchos aprendimos a amarla, eran una de las grandes novelas innovadoras: *Cuatro años a bordo de mí mismo* de Eduardo Zalamea Borda y una hermosa pieza dramática de singular hondura lírica: *Luna de arena* de Arturo Camacho Ramírez. Zalamea Borda y Camacho Ramírez eran escritores que si bien no tuvieron el privilegio de nacer en esas tierras maravillosas, cerca de ese mar lleno de magia y de poesía que es el Caribe, si se dejaron encantar por el ambiente guajiro, el que plasmaron en obras de notables valía literaria”. Germán Vargas (*Cromos*, No. 3734 del 14 al 20 de agosto, Santafé de Bogotá, 1989).

Resultaba obvio que ese vacío existente en cualquier actividad de progreso hacia el futuro, era prácticamente igual a la carencia de un futuro en la literatura. Esa carencia, enorme espacio de nuestra nada, era, como lo descrito por Germán Vargas Cantillo, referido por otros pueblos, por otras culturas. En muy contadas ocasiones nos brindábamos “una mirada de nosotros a nosotros mismos”. Sólo en los años setenta, ese dilatado vacío de no mirarnos con nuestra propia imaginación sufre su alteración. En ellos, conoce el país una difusión de obras de escritores nacidos en La Guajira. Mas sin someter los textos publicados a una selección arbitraria e injusta,

cimentada en la sola reseña, nos permitiremos señalar aquellos cuyas posibilidades concilian los elementos que se constituyen en punto de partida para tener en cuenta en un estudio analítico-comparado, de lo que he dado en señalar como Literatura Guajira.

Pero, antes de entrar a enumerar es lógico precisar que, particularmente, en las novelas escritas por autores guajiros no existe, con el rigor que ésta exige en cuanto a género literario, el aspecto psicológico ni la exploración de las posibilidades experimentales del lenguaje. Y lo más penoso es que ese lenguaje no nos espera en el horizonte. Tenemos que conquistarlo. Incluso, si guardamos la esperanza de que nuestra novelística ocupe un merecido y holgado lugar en la ya estrecha estantería de la Literatura Nacional, tenemos que reinventarlo.

Reinventarlo, riguroso y preciso, como lo invoca Carlos Fuentes en *Geografía de la novela*:

La novela no sólo como encuentro de personajes, sino como encuentro de lenguajes, de tiempos históricos distantes y de civilizaciones que, de otra manera, no tendrían oportunidad de relacionarse. (...) La novela es una búsqueda verbal de lo que espera ser escrito. Pero no sólo lo que atañe a una realidad cuantificable, mensurable, conocida, visible, sino sobre todo lo que atañe a una realidad invisible, fugitiva, desconocida, caótica, marginada, y, a menudo intolerable, engañosa y hasta desleal (27-28).

Esa búsqueda verbal y encuentro con el lenguaje le permitirá a nuestros novelistas penetrar con agudeza en nuestras íntimas contradicciones; borrando todos los oscuros cánones de resistencia que no dejan alcanzar una estética que ilumine para siempre nuestro quehacer literario; y, para que nuestras novelas no se queden en la memoria de lo anecdótico, haciendo crónica de connotación en lo real. En casi todas las novelas publicadas por autores guajiros, sin habilidad para construir, se siente la opacidad de sus contenidos y una debilidad latente en sus métodos narrativos. Todavía no alcanzan a elaborar un producto puro y autónomo; independiente, libre de un fácil mimetismo que no logra engañar a nadie. Lógico que en algunas de estas novelas asoman episodios que cuestionan nuestro destino histórico de pueblos por hacer, pueblos cuya esencia interior conocen y saben de memoria por llevarla escrita en su intimidad, pues, por haber nacido, haber vivido y vivir en ellos, son y fueron ellos mismos cuerpo y alma de dichos pueblos, no dejando, claro está, por fuera de este contexto algunas imágenes características de nuestro país: frustración y excesos. Y es, en estos episodios y con estas imágenes, donde alcanzan a superar lo inmediato; dimensionan al hombre, es decir, lo hacen contemporáneo. No obstante es necesario dejar claro que: "Cada novela ofrece múltiples interpretaciones, y los juicios de valor dependen muchas veces de lo que cada lector busque, es decir, de la perspectiva que asuma para su experiencia estética o analítica." Álvaro Pineda Botero (*Del mito a la postmodernidad*, Tercer Mundo Editores, 11).

Reiteramos sin embargo, que en términos generales, parecería que la mayoría de los novelistas guajiros tomaran como leitmotiv para desarrollar sus obras “el máximo de realidad con el mínimo de literatura” porque cada obra es espejo de la otra, casi siempre se repiten en temas y contenidos: reconstruyen hechos históricos, se nutren de lo tradicional, de la mitología de los orígenes y una identidad regional. Tal vez con ello –mito e identidad–, se desea alcanzar, al compás de los otros, el itinerario de nuestro destino recuperando el tiempo perdido; buscándonos de adentro hacia afuera para hacer cierta, con avizorada enjundia, nuestra epopeya.

Es, entonces, en los géneros del cuento y la poesía donde hay que buscar la “esencia” de lo que llamamos Literatura Guajira. Son varios los autores y autoras que en dicho géneros han alcanzado la madurez literaria. No sólo por los reconocimientos obtenidos en el ámbito nacional e internacional en concursos e instancias como las siguientes: *Premio de Literatura Enka* (Ciudad de Panamá), *Concurso Nacional de Cuento Infantil* (Comfamiliar, Barranquilla), *Premio de Poesía Casa de las Américas* (La Habana, Cuba), *Lista de Honor IBBY* (Beijín, China), *Concurso Internacional de Poesía del Caribe Ciudad de Santa Marta*, *Concurso Nacional de Cuento Breve: “Échale el Cuento a Gaceta”* del Diario El País de la ciudad de Cali, sino también por la calidad estética conquistada en el difícil oficio de hacer literatura.

Dejemos, por ahora, escuchar sobre el referente cuento la voz del reconocido escritor Enrique Serrano, definiendo el por qué nuestra región es fértil para la práctica de este difícil género: “La Guajira, por lo que ha sido y por lo que es, se presta para contar bellos cuentos. Por lo que puede ser, se presta para fantasear con historias de recóndita factura; pródiga en personajes contradictorios, la vida cotidiana provee míticas matronas, esbeltas muchachas, árabes aventureros y filósofos de guayaberas, incansables para degustar el sabor del pescado o la salada ventisca de la soledad”. (Prologo. *Cuentos. Renata – Guajira. 2006*). Esperamos, entonces, que nuestros cuentistas sigan poniendo en práctica de escritura literaria sus experiencias vivenciales sobre el entorno de región que, en buena suerte, les ha correspondido ocupar.

En cuanto a la poesía, además de la realidad externa, inmediata, cotidiana, lo que predomina son los elementos circundantes en el conjunto de una tierra de contrastes, abierta a la floresta en el sur y sonora de yodo y viento en su nordeste, tierra con diversos haces de luz bajo un cielo de sal, tierra de múltiples reflejos difuminados por el viento, tierra donde la naturaleza y el hombre permanecen indisolublemente unidos, tierra cuyo reino de mar y desierto aún espera ser la verdadera ventana colombiana hacia el Caribe, “tierra inmensamente rica ... pero inútilmente explotada”, concepción específica y tangible que brinda una idea de algunas voces –José Anichiárico León, Cristóbal Mendoza Plata, Alfredo Mendoza Cuello–, voces escépticas y suspicaces que en su cambiante sinuosidad se hacen rebeldes, fustigantes, combativas y hasta trepidantes, nombrando sólo “de cuando en cuando un beso y un nombre de mujer”. De allí que la poesía de los poetas guajiros sea austera y policroma, violenta y de-

licada a la vez. Poesía de noción emotiva y función natural: experiencia intrínseca de un binomio ambiguo que busca brindarnos la palabra otra, la palabra auténtica. Esa misma que “se opone a la palabra común que se degrada”. O, para afirmarlo con Octavio Paz, la palabra múltiple de esencia simbólica que hace su original traslado hacia la voz poética: “Hay siempre una hendedura/entre el decir social y el poético:/ La poesía es la otra voz” (Paz, Octavio, 1994, *La llama doble. Amor y erotismo*, Seix Barral, pp. 12).

Y es, en esa otra voz donde lograremos encontrar lo que deseamos: el camino que nos conduzca hacia nosotros mismos. Sitio único donde podremos sustantivar en adjetivos de óptimo grado nuestra grandeza en la Razón de Ser. O digámoslo, así sea contradiciendo el encendido fuego de René Char: sitio donde nuestras satisfacciones dejen de ser precarias. Sitio donde una “ceniza siempre inacabada” no empañe jamás, de La Guajira toda, su clásico sol sin sombras. Para ello, para no dejar empañar jamás nuestro clásico sol sin sombras, sabemos que comienzan a surgir voces eclécticas y novedosas, fortaleciendo con nuevas propuestas y sólidos procedimientos, una Literatura Guajira proteica y vital. Consideremos, desde luego, con sus significativos protagonistas, los principales géneros en que se ha expresado –poesía y prosa–, esta literatura regional.

2. Poesía

Al siglo XXI los guajiros entramos a sus auroras con el *Premio de Poesía Casa de las Américas*. Miguel Ángel López-Hernández, se hizo al deseado y preciado galardón en el año 2000. Con el poemario ganador: *Encuentros en los senderos de Aby Yala*, suma de múltiples voces, Miguel Ángel López-Hernández, muestra, sin duda, un riguroso conocimiento de los elementos que conforman, en su conjunto, el universo indígena de América. Desde un horizonte despejado y despojado de toda retórica, un recuento del pasado va enumerando en símil escrito, como ayuda para la memoria, un discurso informado que hace siglos ha registrado y aún registran en lenguas nativas, voces milenarias...

Al borde de tu luz nos hemos encontrado/ para presenciar las heridas de la originaria creencia/ de que éramos como el sol, como el azul ilímite, como el jaguar genitor;/ como la serpiente río, como la lluvia fecunda;/ de que éramos como el huemul de las colinas,/ como la enterrada piedra del camino, como el cóndor apumanque,/ como la flor dulce de Nahuelbuta, como el maíz nutriente, como el sueño fundador...

Y, es precisamente, de ese discurso informado de donde Miguel Ángel López-Hernández dicta los cantos que el mundo indígena ha despertado en el ave de su corazón, expresión que reafirma la esencia del ser Mapuche (Chile) y que le sirve al poeta como epítome para cada uno de sus encuentros con las comunidades Kuna

(Panamá y Colombia) y, por supuesto, la lectura de los poetas del México antiguo (siglo XV antes de la llegada de los españoles), donde con la trashumancia de su espíritu y “el latido de la raíz definida”, Miguel Ángel López-Hernández, dialoga con el rey cantor Nezahualcóyotl, señor de Tezcoco y Tecayehuatzin, señor de Huexotzinco, haciéndose evidente en el tejido de sus voces toda la grandeza de la cultura forjada por dioses y guerreros en el reino de los mexicas. Claro que el poeta, con su palabra otra, también convoca su entorno y, con “la palabra viaje (que) para los wayuu es comunicación entre las dimensiones de su cosmos propio”, llega a Talourumana, sitio donde... “ofrecen agua de maíz amarillo para refrescar/ las palabras”. Palabras que le sirven o le servirán para seguir extrayendo y presentarnos “del silencio antiguo” en “los profundos rostros del pasado (...) el ritual de un olvido recobrado por “los altivos días de Abya Yala”.

Vitorio - Vito - Apüshana, poeta wayúu, “en su quehacer diario se dedica al pastoreo, la búsqueda de agua... y, a lo que lo distingue de los suyos: escribir leyendas, cuentos, poesías”... Además de las cascadas metafóricas en los poemas de Apüshana, traducidos al portugués y publicados con el desafiante título de Contrabando sueños con aríjunas cercanos, lo que inmediatamente valoramos en su poesía es el efecto integrativo de los elementos naturales Tierra-Agua. Y es el primero, el ambiente telúrico, el que le ofrece al poeta el viaje para escribir su poesía. Poesía marcada por un signo de conocimiento: Cada elemento que en ella nombra se lo develó su medio circundante, su ámbito indígena: “Yo nací en una tierra luminosa./Yo vivo entre luces, aún en las noches./Yo soy la luz de un sueño antepasado”.

Para ello, simboliza y sintetiza todos los fenómenos de su entorno natural; pero, haciendo de los elementos Tierra-Agua, el sustrato cósmico de su poesía. Veamos como congrega el agua en sólida ascendencia: “ Busco en el espejo del agua.../Busco en el brillo de las aguas mi sed.../Soy el tiempo de la lluvia de mi madre.../Buscamos el agua del corazón de la tierra...”

Esa ascendencia anteriormente mencionada, se sostiene en el siguiente epifonema: “Y buscaremos agua / para esta sed de vida interminable”.

Y, para grandeza de nuestra cultura, de nuestro acervo terrígeno, esa sed de vida aún se mantiene encendida, incluso, como lo dimensiona el poeta: “más allá del último wayúu”.

Al sur del horizonte... Cuando supe del premio otorgado y de la publicación de este libro, volví a sentir el inmenso soplo de la poesía entre los labios. A través de Rafael Aarón Morales, su autor, había conocido de estos poemas estando todavía inéditos. Leyéndolos supe, por ejemplo, que *Sur* es palabra “protegida por una ala perpetua de palomas”. Supe además de que el *Sur* es el lugar más íntimo que, por “esa bella costumbre de la noche” enunciada por Borges, siempre buscamos solíci-

tos en los cuerpos de las mujeres humedecidas: “Quien podrá desmentir/que allí no quiere o no ha querido/incursionar noctívago/como quien se propone/descifrar un misterio/de algo que se le ha perdido”.

Es natural, sin embargo, que en el *Sur* también tengan existencias las penas. Acontece, por ejemplo, que en el *Sur* atardece más temprano. Y el atardecer es tiempo vertical que en descenso suma “las peores penas, las penas sin causalidad temporal, las penas agudas que traspasan el corazón por una nada, sin debilitarse nunca”, sostiene el filósofo Bachelard. Pero para el poeta que nos ocupa y su temprano viaje hacia el atardecer, este... “es tanto como viajar en mula/por un oscuro muladar en sombras”.

Lógico reconocer que antes de que estas voces poéticas entraran en escena, en el Departamento de La guajira existían quienes habían incursionado en el género de la poesía. Destaquemos por lo pronto, entre otros, a José Anichiárico León, quien anhelando siempre retener en sus versos la belleza, escribe su poesía en lenguaje expresivo, adjetivando con ponderación inusual y, sumando a ello, una gradación ascendente hasta lograr un ritmo en magnífica fusión de sutiles y diáfanas armonías. Su poética, comparable a la de José Eustasio Rivera, en *Tierra de Promisión*, abunda en figuras lingüísticas: metáforas, sinonimia, antítesis, metonimia, paralelismo, seriación... No obstante, en sus últimos años de producción poética José Anichiárico León, vuelve su numen hacia un pesimismo donde lo sereno, lo lumínico, lo suave, lo armónico, se hace atormentado, lóbrego, áspero; todo esquivo a la armonía. Tal vez el vacío de una aurora estética y un hondo abismo vivencial, donde lo sensible no germinaba; o tal vez la mayúscula experiencia social que cultivara el poeta, le enseñara que al apropiarse el hombre de los elementos naturales, la vida ya no sería la misma y le llevara a decir ese pesimismo de derrota en el tiempo.

Cristóbal Mendoza Plata es el único autor guajiro publicado por el Instituto Caro y Cuervo. En su poemario *Sol y sombra*, nuestra gran poeta del Caribe, Meira del Mar, le rinde el siguiente homenaje en el prólogo escrito para la edición señalada: “me detuve largamente en un soneto titulado *El Turpial*, testimonio de la sensibilidad del autor, logro admirable de su sentido plástico, de su capacidad para descubrir la hermosura en catorce versos musicales. Con este soneto, Cristóbal Mendoza Plata puede andar tranquilo. Buena compañía lleva aunque sea larga la ruta, y tengo la incertidumbre de que no va a apagarse nunca, donde quiera que se le oiga por la vez primera, el silbo jubiloso del vivaz habitante de nuestros montes, que a él se le antoja: “Un topacio que en lutos engastados estuviera,/O un pedazo de noche que en las frondas se hubiera/ Detenido en un lampo de luz sideral”.

Y, esa buena compañía que nuestra gran Meira anuncia para nuestro poeta, nosotros la refrendamos porque sentimos y sabemos que en ese soneto, Cristóbal

Mendoza Plata, con el avisado conocimiento sobre su lar nativo, disfruta el entorno de su ambiente, conjugando de forma magistral una antonimia adjetivada de la siguiente manera:

... agreste paisaje _____ vistoso plumaje

... cactus salvaje _____ verde ramaje

... intrépido ultraje _____ invicto coraje

Allí, como en toda su poesía, está implícita la simbología de Cristóbal Mendoza Plata, poeta: *Luz y sombra*, elementos de su entorno que nutrieron su contemplativa admiración por la naturaleza y su fecundo amor por el pueblo que lo vio nacer.

En el año 1997, Orlando Mejía Serrano, con el apoyo de lo oficial administrativo del Municipio de Riohacha... “Gestión con todos”, edita un libro titulado: *Antología poética de La Guajira*. Como es natural, en dicha antología se incluyeron autores no nacidos en el departamento, pero que residen o residían en su territorio. Entre los nombres seleccionados: Cristóbal Mendoza Plata, Miguel Pugliese, Luis Alejandro López, Hernando Barliza, Osvaldo Robles Cataño, Josefina Zuñiga Deluque, Rafael Aarón Morales, Guillermo Solano Figueroa, Helión Fonseca Millán, Manuel Germán Montero Montero, Lucina Almenares, Lucas Brito Murgas, Jesús María Pineda Patrón, Carlos Montalvo, Clímaco Pérez Camargo, Víctor Bravo Mendoza, Otto Gómez Pimienta, Vitorio Apūshana, Jaime Díaz Vega, Elkin Cantillo Bermúdez, Verenitce Pimienta Varela, Laurentino Pérez Durán, solo los formados como poetas, con algunas revelaciones (Jaime Díaz Vega: Montería, 1966 - Elkin Cantillo Bermúdez: Las Flores, Guajira, 1968), alcanzan la consubstancialidad del aura poética con lo artístico. Lógico que además de ello es necesario destacar, poniendo de relieve que un alcalde se interese por lo cultural, el positivo valor de hacer visible el nombre de un gran número de personas en intentos de poetizar.

3. Narrativa

Después de revelar en el presente texto, algunas generalizaciones sobre la narrativa, y particularmente sobre la novela, ahora, particularizaremos sobre algunas de ellas y sobre los libros de cuentos publicados en nuestro departamento. Inicialmente, ya que la narrativa se presta para ello, diremos que al ser nuestra región una región de fronteras (tenemos límites terrestres y marítimos con Venezuela –y una lengua común: el wayuunaiki–, además de las fronteras con algunos países del Caribe a través del mar que lleva ese mismo nombre) y que, en algunos sitios los estilos de vidas y actitudes sociales estén condicionados por las convivencias con esas fronteras, nuestra literatura no es una literatura de fronteras. En cambio, si podríamos determinar que nuestra literatura, por la base étnica que ocupa el territorio guajiro,

tiene un discurso ambivalente, con una hibridación que sobre la etnia wayuu, expresa su propia especificidad. Veamos, entonces los siguientes títulos:

Los dolores de una raza

En *Los dolores de una raza*, se cruzan un destino personal y una experiencia histórica. Antonio J. López, además de vivir los hechos narrados en su obra, perteneció a esa raza cuyo “*caprichoso Destino le reserva la vida para la tragedia*”. Esta obra conjuga dos elementos transcendentales: la historia y el mito. Y, aunque lo primero quiere destruir lo segundo, estas dos tendencias se sostienen en su marco estructural. El espacio del texto de esta novela está dividido en tres partes y XXIV capítulos; los episodios narrados quedan concluidos en su enunciación, aunque algunas veces el autor se sirve de los mismos personajes para narrar sucesos diferentes. La novela sin tener en cuenta la presentación del valle con el nombre indígena de Irotsima, comienza con la descripción del baile de la yonna, las carreras de caballos y el juego de cabritas que se celebra en los meses de enero y febrero... “paréntesis Feliz en medio de una vida llena de privaciones y amarguras; oasis refrescante en la calcinada pampa”, después Antonio J. López nos arroja, página sobre página, al drama de quienes habitan la “*PAMPA LIBERRIMA*”: Los Wayuu, indígenas que habitan en regiones de los estados de Colombia y Venezuela.

La novia del monte

Escrita en un “realismo profundo”, término utilizado por Roa Bastos para referirse a la obra del escritor argentino Daniel Moyano, desde el título de la novela, Antonio Parodi Parodi quiere decirlo todo: La novia del monte es un mito. Y, con él, mientras sostenemos la lectura, salimos de la historia, de lo cronológico; pero sin dejar de habitar el mundo fabuloso y extraño que nos ha tocado vivir. Es más, aunque el autor nos diga que, “*La novia del monte es la historia vivida por nadie en lugar alguno*” todo es identificable y reconocido, pues, el ritmo lento logrado a través de la descripción detallada, medio que le ayuda captar al autor la realidad dolorosa de su tierra, le dice al lector que “*Deserta*” es La Guajira y sus relaciones interiores con “*Zafralia*” y las exteriores con “*Tasalema*” no son más que con Colombia y Venezuela, respectivamente.

Jepira

El título de esta novela nos remite al tema de la muerte: *Jepira*: “*Camino de las almas de los indios muertos*”. Y, desde el primer capítulo, José Soto –haciendo reminiscencia de Ernesto Cardenal y su entrega evangelizadora en Solentiname– introduce

la muerte cuando al cura, personaje/narrador, le solicitan los servicios sacramentales para Zenón, guerrillero salvadoreño, quien muere después de recibir los oficios del cura. Este pasaje se conjuga con otras muchas muertes ocurridas en ausencia del primer cura que hubo en la raza wayúu y, donde al mismo cura, como si la muerte violenta, ejercida por el oscuro mandato de la venganza tuviese que perpetuarse en el tiempo, también se le obliga matar en el capítulo final de la novela. Aunque la muerte –ya es fijación– no está personificada sólo en el hombre, la mujer también interviene tomando partido en ella. Ahora bien, esta línea de muerte implícita en la novela, no se hace más perceptible por la fuerza de los mitos wayúu que se hacen símbolos predominantes en la novela. Son muchas las páginas donde se recupera el pasado mediante un comportamiento que vivifica lo ancestral.

Cuento genéricos de autores guajiros

Al ser coautor de esta obra, por razones obvias me remito a la voz de Germán Vargas cantillo:

Cuando en el país se desconocía casi en forma completa la existencia de cuentistas nacidos en este departamento –larga y absurdamente olvidado por tan prolongado tiempo–, aparece este libro que agrupa doce autores que conforman un grupo interesante en la narrativa colombiana. Nacidos en Uribia, en Manaure, en Riohacha, en Barrancas, en Fonseca, en San Juan del Cesar, en Villanueva, en Maicao (...) A todo les une el hecho de ser guajiros, que es una manera de decir que le son comunes, dos grandes y valiosos ingredientes de la literatura contemporánea de la América Latina: la realidad y la magia, dos vivencias que amalgamadas conforman lo que se ha dado en llamar el realismo mágico. Del cual surgió quien es hoy la más alta cifra de la narrativa actual: Gabriel García Márquez, de reconocidos ancestros guajiros. Hay otro valor que es fácilmente palpable después de leer este libro tan pleno de sorpresas gratas y es que sus autores son escritores que tienen muchas cosas que contar y que saben contarlas. Que la saben contar con fluidez y en una prosa límpida y rica, que conquista en forma pronta al lector, aún al menos desprevenido, que en sus textos encuentra señales muy vivas que permiten confiar con segura esperanza en el futuro. Porque de ello hemos de leer, y ojalá sea en fechas muy próximas, libros completos que nos permitan conocer más a fondo, adentrarnos más profundamente y de manera más amplia y directa, en lo que ha sido, lo que es y lo que ellos quieren que sea La Guajira (Germán Vargas, “Ventana al mar”, *El Heraldo*, Barranquilla, mayo 12 de 1989).

¡Mandinga sea!

Al igual que *San tropel eterno*, *¡Mandinga sea!* define y defiende una identidad regional, trascendiéndola en la sensibilidad social de un pueblo: Agualuna. Pueblo

que “había vivido siempre, desde tiempo inmemorial, con las esperanzas puestas en la cacareada explotación de su legendaria mina de carbón”. Esa sensibilidad social agualunense, de la cual Ketty Cuello, autora de la novela, hace referencia, está unificada en Pedro Santacruz, antropónimo de un hombre que poseía un humanismo tomado de los libros que durante toda su vida estuvo leyendo. Todos los problemas que se presentaban en la comunidad agualunense eran solucionados con una “*Pedrada*”, esto es, con el ingenio y conocimientos de Pedro... “Tenía tanta vehemencia en sus expresiones que hasta Mister Spock, jefe de los extranjeros que vinieron a explotar la mina de carbón terminó diciendo de él: ¿Quién le dice que no, si tiene empuje de yanki, decisión inglesa, perseverancia francocanadiense y astucia latina?” Así era Pedro Santacruz, quien: “pasó los días y las noches haciendo planes entusiastas, dibujando en el aire su sueño de convertir a Agualuna en una Arcadia, explicándole a ojos interrogantes que, según las leyendas griegas, Arcadia era el lugar más plácido, lleno de sosiego y felicidad que había existido sobre la tierra, y que él convertiría a Agualuna en una réplica de ésta, adaptada claro está, a los tiempos modernos”.

Cuentos guanebucanes

Asociando imágenes, pero en ecos muy lejanos, de la obra de Juan Rulfo: “Remoliendo el silencio con palabras de hebras humanas... me hace escuchar un rumor vacío... nos llevó rápidamente a un pueblo sin ruido, sin voces... con un ahogado susurro de conversación... unas palabras vacías de ruido”... y, retomando el mito del Eterno Retorno, Polaco Rosado, con ironía y sin condescendencia, nos revela la realidad imaginada de los episodios ocurridos en San Antonio de Pancho: sitio de ruinas donde una cadena de vivientes médanos rugen como coyote herido. Ruinas que tienen por luz un delgado hilo de fuegos fatuos y, donde sólo se escuchan ruidos callados de corcovadas casuchas. Y es en este sitio de ruinas, en fecha que rememora la tragedia de sus destinos –13 de junio– en el que quienes lo habitaron regresan a celebrar las festividades de San Antonio de Padua: “Panchomana, en víspera del santo patrono, es la representación de la parábola del retorno donde el sueño sobrevive al soñador”.

Y es a través de los sueños –código de vida en la cultura wayúu– que el autor y otras voces que narran el tejido de estos relatos hacen creíbles sus historias. Por medio de los sueños, personajes situados en el pasado también están situados en el presente.

Sol y sal

Por la dilucidación de las tradiciones y costumbres wayúu, por la imaginación nada excitada de sus personajes, por lo minucioso de su escritura (muy cercana a la crónica) y, por la fuerza de lo onírico: “En esta tierra (...) los pensamientos y

los sueños se entrecruzan así como se entrelazan los hilos de los chinchorros y las mochilas, para producir una sola trama”, *Sol y sal* se hace distinta, extranjera, a la novela escrita en nuestro departamento. En ella, no hay herencia de la culpa. Muerte y venganza, trama de casi todas las novelas escritas en La Guajira, se deshacen en la búsqueda de una identidad individual y colectiva. Presencia de una Nueva Vida ajena a toda orfandad, donde se suman los grandes valores de la raza sin la necesidad de salirse de los confines étnicos y sin que, las imposiciones de otros esquemas sean necesarios para aceptar como propia la simbología de un universo, único y libre, que les pertenece, desde un remoto pasado, como herencia cultural. Y es, precisamente al ser esta una sociedad matrilineal, una mujer quien asume el liderazgo de la raza, prometiéndose “a sí misma luchar por su gente para que no la manipulen ni la enajenen como han enajenado los caminos señalizados por un nuevo dueño”.

El dulce corazón de los piel cobriza

Este libro está narrado, no desde la perspectiva del filántropo cuyo amor a los débiles lo lleva a hacer una apología poco creíble de lo buenos que son los oprimidos, sino desde la visión indígena, sin quejarse, atacar o lamentarse de las desventajas con que el mundo “civilizado” los ha arrinconado, más bien mostrando el mundo wayuu tal como es: con sus costumbres, algunas de las cuales, por desprevenidos y propensos a juzgar a los demás, podemos considerar crueles e injustas; con sus luchas por la supervivencia de sus familias, animales y costumbres; con sus prejuicios que nunca faltan en todas las culturas” (Gracián, 2006).

Y así es, porque Vicenta María Siosi Pino en los siete cuentos que conforman su libro: *El dulce corazón de los piel cobriza*, traslada además de lo fantástico y lo cotidiano de lo que ocurre en el universo wayuu, la total luminosidad del paisaje guajiro como siete premoniciones narradas para soliviantar de manera absoluta, la explotación que de sus riquezas realiza la cultura occidental en esta región de olvidos. No olvidemos, para que así ocurra, que el número siete expresa una totalidad, ejemplo de ello son *Los siete sabios de Grecia* o *El libro de los siete sellos*.

El encierro de la pequeña doncella

Con su libro de cuentos: “*El encierro de la pequeña doncella*”, Estercilia Simanca Pushaina, sale del encierro de “*pequeña doncella*” en asombro abriendo sus sentidos al universo para establecer con él y en él, una jerarquía literaria crítica para decir en testimonio escrito los engaños casi eternos, que en un pasado inmediato padeció su etnia. No obstante, y para no dejarnos solo en el horror del engaño proyectado en tan largo tiempo, Estercilia Simanca Pusahaina, sigue indagando los símbolos de su universo étnico. Y en ellos encuentra una veta para mostrarnos el magnífico tesoro

que no se pudieron llevar los otros primeros expoliadores: el oro de su lenguaje y la riqueza de los sueños. Todo ello lo comprobamos en la voz de *Jimaai*, protagonista del cuento: “*Jamaai en la tierra del maíz*”. Por esta y otras muchas razones deseo que Estercilia siga soñando. Pues, parodiando a Gastón Bachelard: “Es en el plano de los sueños, y no en el plano de los hechos donde la infancia sigue en nosotros viva y poéticamente útil”. Y la infancia de *Jimaai*, sigue viva por siempre en el pasado de *Maiko’u*: despensa útil de todos los que a él llegan buscando sus dadivosas entregas como la tierra pródiga del maíz.

4. Conclusión

Los foros de expresión que en estos momentos respiran en la buena atmósfera de la organización en el Departamento de La Guajira, conformados en grupo de talleres como “*Cantos de Juyá*”, “*Renata Guajira*”, “*El Solar*”, “*Atrapasueños*”, ojalá y tomen como corrientes creativas las mejores y mayores señales que le permitan crear una literatura significativa, sin las marcas tutelares de quienes hasta ahora sólo han consolidado guandocas y mojonos de obispos, pueblos sin nombres y rostros de tatuajes, gritos de olvidos y raciones de sombras, contrabandeos de sueños o senderos de... apartándose en su quehacer creativo de la medianía, de los discursos fáciles y del “todo vale” de quienes no poseen libertad de criterio o autonomía de conciencia; tomando en cambio para sí, una memoria que les recuerde lo experimentador nietzscheano. Experimentación que permitirá a todas y a cada una de esas *Nuevas Voces Literarias de La Guajira* poner en juego un sentido nuevo y extenso, sin importar los riegos y peligros que están implícitos en cualquier experimentación. Al fin y al cabo, quien toma la literatura como una profesión, debe saber con el concepto de George Simenon, que dicha profesión es en sí, una vocación de infelicidad. O reconocer con Orhan Pamuk, Nobel de Literatura 2006, que “ser escritor es reconocer las heridas secretas cargadas dentro de nosotros”. No obstante, la mayor felicidad para el escritor existe cuando descubre el oro de su lenguaje. Ello le permite cerrar en moldes, con las letras de su nombre, cualquier imagen de vacío para el olvido. Es decir, le permite convertirse en mito de la literatura universal, en midas de lo clásico literario. Y esos deben ser los términos a alcanzar por las *Nuevas Voces literarias de La Guajira*. Ser reconocidas voces de la literatura universal, sin que las nombren, ni aun a una sola, con el remoquete simple y llano de “es de esa gente que escribe”. Pero para que así ocurra, además de la imaginación, la disciplina y la responsabilidad, elementos fundamentales que se deben sumar para ejercer el oficio de escribir, se hace necesario que a través de las instituciones culturales y educativas del departamento se brinden posibilidades reales, objetivas y afines con las actividades creadoras, sin coartar en ningún sentido la libertad e independencias necesarias que

van implícitas a los quehaceres de la creatividad; porque no se trata de ser mecenas para imponer, sino tutores para coadyuvar en el desarrollo del hecho estético. Ahora bien, de quienes se han constituido en grupos o han asumido de manera independiente el oficio de la escritura con sentido de responsabilidad, demostrando hasta el momento con inusitado vigor, imaginación y disciplina, se pueden destacar los nombres de Jesús A. Iguarán, Betsy Barros Núñez, Oscar Parra Barrios, Hilda Lubo Gutiérrez, Alejandro Rutto Martínez, Emmanuel Mora Pichón, Juan Carlos Herrera, Aris Tinoco, Lilián Díaz Escobar, Daniel Pedrozo, Juan Guerra Freyle, José Omar Parodi, Martín López González, Johnny Beleño Gómez, Limesdis Castillo Mendoza, Solenis Herrera Fernández, Julio Cesar Guzmán, nombres surgidos de la novela: *Santacoloma guerrero del odio*, el primero y de las compilaciones: *El hijo del pez y Palabra y residencia*, los otros. Es con ellos y con quienes asuman la imaginación, la disciplina y la responsabilidad como elementos fundamentales para el oficio de escribir, con quienes las instituciones culturales y educativas de La Guajira: (Fondo Mixto para la Promoción de la Cultura y las Artes de La Guajira, Centro Cultural de La Guajira, Secretaría de Educación Departamental, Casas de Cultura, Secretarías de Educación Municipales, Consejo Departamental de Cultura y Consejos de Cultura Municipales), deben mantener una práctica permanente respecto a sus políticas de fundamentación e incentivos para la creación. Sólo con la permanencia de dichas políticas, la imaginación, la disciplina y la responsabilidad que demanda el difícil oficio de escribir: (“Nunca hay casualidades en la evolución artística”), es como se alcanzará el que los escritores de La Guajira se conviertan en mitos de la literatura universal, en midas de lo clásico literario o, que pertenezcan a los escritores de raza, para poner un ejemplo muy cercano a lo nuestro, a la que pertenece Gabriel García Márquez, quien posee, digámoslo con orgullo, una fuerte ascendencia guajira. Para finalizar, otro ejemplo de grandes y buenos beneficios que se pueden lograr con la aplicación de políticas permanentes de incentivo y fundamentación a través de las instituciones culturales y educativas en las actividades creativas y, en el presente caso, en el campo de la literatura, es el Taller en *Escritura Creativa*, convenio Ministerio de Cultura - Fondo Mixto para la Promoción de la Cultura y las Artes de La Guajira, cuyos miembros lograron en el año 2006 escribir diecisiete cuentos, diez de los cuales fueron seleccionados para ser editados en un libro.

De seguro que estas diez personas elegidas para publicarles un cuento, producto de su imaginación, disciplina y responsabilidad en el lapso de diez meses en que se desarrolló el taller en *Escritura Creativa* (sábados, cada quince días), son “gente que escribe”; pero que están en potencia o tienen la posibilidad de ser mitos de la literatura universal, midas de lo clásico literario o, de ser escritores que pertenecerán y permanecerán como miembros de la raza a la cual pertenece y permanecerá por siempre nuestro bien ponderado Nobel de Literatura. Así sea.